

LA REVISTA DE BUENOS AIRES

HISTORIA AMERICANA, LITERATURA Y DERECHO

Periódico destinado á la República Argentina, la Oriental
del Uruguay y la del Paraguay.

PUBLICADO BAJO LA DIRECCION

DE

Miguel Navarro Viola y Vicente G. Quesada

(ABOGADOS)

TOMO VIII.



BUENOS AIRES

IMPRESA DE MAYO, 241 CALLE MORENO 243.

1865.

LA PLATA.

ESTUDIO HISTORICO

Por Santiago Arcos

Un volúmen en 4.º menor de 588 páginas.

Hace mas de un año que mi amigo don Santiago Arcos me anunció desde Paris, que se ocupaba en bosquejar la historia de la República Argentina, bajo el título de *Au bout du monde*, á cuyo efecto me pedia le comprara diversas publicaciones.

Era una prueba de simpatia hácia el pais de donde se habia alejado, para siempre quizá, donde tantos amigos y tan agradables recuerdos habia dejado, cuyo territorio habia cruzado desde las frias y desiertas regiones de la Sierra de la Ventana, hasta los solitarios y balsámicos bosques de naranjos de Misiones y desde las salitrosas márgenes del Tunuyan hasta las pintorescas orillas del Uruguay; cuyo suelo habia estudiado con ojo atento y perspicaz, observando las costumbres nacionales, acometiendo varias empresas industriales ya en los cerros auríferos de la Carolina, ya en los palmares de Corrientes, ya en los bañados de las Conchas, de Buenos Aires, cuyos hombres públicos habia conocido de cerca, con mas ó menos intimidad, por cuyas cuestiones administrativas se habia interesado, visitando nuestras Pampas y fronteras, inquiriendo los hábitos de los salvajes del desierto y finalmente, por cuyas cuestiones políticas se habia apasionado, siguiendo sus inclinaciones generosamente aventureras, hasta el punto de combatir en Cepeda en las filas del glorioso ejército, que luchó allí con tanto brío, viniendo sus últimos restos á encastillarse en Buenos Aires para sal-

var los derechos y la libertad que la Provincia habia conquistado durante su separacion del resto de sus hermanas.

Arcos no es un literato en la verdadera acepcion de la palabra. Pero conociendo la variedad de sus conocimientos, lo mucho que ha leído y viajado, su espíritu sagaz y observador, la viveza de su chispeante imaginacion, la orijinalidad de sus vistas y lo acertado de sus juicios, en suma, su criterio eminentemente práctico, yo no podia dudar que el libro que bajo aquel título, mas adecuado sin embargo para una obra de sabor novelesco que para un trabajo histórico, se proponia escribir y dar á luz, no reuniera á mucha exactitud y verdad mucha novedad é interés.

Le exité pues, á proseguir su tarea en la que no entraba ningun cálculo de egoismo, ni de especulacion, sino el noble deseo de hacerle bien á nuestro pais, aprovechando sus ócios de Paris, y persuadido de que su libro iba á responder á una necesidad tan jeneralmente sentida en Europa, por los que tienen conexiones en el Rio de la Plata, como por nosotros mismos, reclamé en nombre de nuestra antigua y cordial amistad, el derecho de traducirlo, á lo que desde luego accedió enseñándome las primeras páginas que salieron de la estampa de *Miguel Levy, hermanos*, que desgraciadamente algun literato corsario se encargó de interceptar, llegando únicamente á mis manos algunas de las últimas entregas, cuando todo el libro se vendia ya en las librerias de Buenos Aires, y en circunstancias en que la guerra con el Paraguay, no me permite ocuparme en trabajos de largo aliento, na obstante lo insignificante de mi puesto en el ejército Argentino.

No pudiendo por estas razones cumplir con un compromiso que me habia impuesto con el mayor placer, voy á hacer lo único que me es dado en estos momentos, voy á escribir un artículo bibliográfico de este nuevo *Estudio Histórico*, que desde luego recomiendo á los numerosos lectores del Rio de la Plata, como un libro bien concebido y desarrollado, aunque la amistad no me hará callar algunas lagunas que en él se encuentran y tal cual apreciacion falsa á mi juicio.

Mal probaria yo mi cariño por el autor si esta noticia se redujera á meras alabanzas para hacer que su libro se venda, á la vez que daria una tristísima idea de mi carácter como hombre y escritor.

Véamos, pues, como es que Arcos ha dado cima á su tarea, presentada al público bajo aquel título.—Estudio histórico,—que importa tanto como decir, que su intento se ha reducido á trazar las líneas capitales de un gran cuadro, dejando para otros el trabajo de iluminar sus muchos y variados puntos de vista.

Este gran cuadro cuyo marco aparece adornado de una introduccion, en la que resaltan los motivos que han inspirado la obra y la modestia del autor, que lamenta que su trabajo carezca del brillo que habria podido darle una pluma francesa, abarca un panorama inmenso. Comienza con la historia del *Tarantisuyon*, es decir, de las cuatro regiones que, desde el 3.º grado de latitud norte hasta el 35.º grado de latitud sud, formaban el pais de los Incas, donde se hablaba la lengua *quichua*, y se estiende sin monotonia hasta las riberas del Plata, terminando las últimas pinceladas en el momento histórico en que el General Bartolomé Mitre sube á la Presidencia de la república por el prestigio que dan la victoria y la popularidad.

La historia de los Incas comprende curiosas noticias sobre el estado físico y moral del *Tarantisuyon* en el siglo XV, sobre el oríjen de su gobierno y sus conquistas desde Tupac-Inca-Yupanqui hasta Atahualpa, cuyo rescate le valiera á Cajamarca nada menos que 77.500,000 francos, pintorescas descripciones del Cuzco, la ciudad Santa, la Jerusalem de los adoradores de Pachakamac, de sus fortalezas, templos y diversiones públicas, de las ciencias y de los *quipues*, es decir, de la manera como los Incas suplían la escritura, y cuyo arte era privilegio esclusivo de aquellos emperadores y de los *Kouracas*, que eran los gefes de las tribus conquistadas. Viene en seguida la conquista de Quito por Huaina-Capae, hijo del viejo Yupanqui; la sabia y pacífica administracion de este, durante la cual se construyen grandiosos acueduc-

tos, hermosos caminos; sus grandes cacerías por las vertientes occidentales de los Andes, y que se extienden hasta los bordes de Guanacacho; su muerte, sus funerales y las extrañas fiestas que con tal motivo se celebraron.

Muerto Yupanqui, el joven Huaina, espíritu emprendedor y activo, no se da punto de reposo para aumentar el imperio de sus antepasados; celebra las suntuosas fiestas de Raimi, reúne en seguida cuarenta mil hombres y sólo pretexto de una gran cacería, cuya descripción deja atrás las de los Merovingianos en los bosques de las Galias y de la Germania, se derrama por las cordilleras, llega hasta el pie del Tupungato coronado de nieves eternas, desde sus cuarenta mil cazadores estrechan el cerco y cojen una inmensa cantidad de guanacos, descendiendo hasta el río Tunuyan y las lagunas de Guanacache, de donde despacha para el norte la mayor parte de su gente con un cargamento de lanas, cueros y charqui de guanaco, y seguido de quince mil combatientes, costea los bordes del Tunuyan, llegando hasta donde este río se pierde en el Chandileuvú que los Españoles llamaron después Desaguadero. Descubre de allí una nueva cadena de montañas, que corren paralelamente á los Andes,—la Sierra de San Luis,—y siguiendo sus vertientes occidentales se dirige al norte para volver al Tarantisuyon. Halla en su tránsito una multitud de tribus errantes, que á la manera de los guanacos huyen á su simple vista; hace no obstante infinitos prisioneros, que según la costumbre de los Quichuas, son conducidos á sus estados y distribuidos entre los *amantas*, es decir, entre los que junto con los *Quipucumayas* formaban una especie de academia de ciencias, y de conquista en conquista llega hasta los 29 grados de latitud Sud á algunas leguas mas abajo de la ciudad actual de Santiago del Estero. Mas en aquellos prisioneros que desparramados no podían oponer una resistencia seria á las masas imponentes de los quichuas, Huaina halló una altivez que le asombró. Tercos, indiferentes así á los buenos como á los malos tratamientos, dice Arcos, rehusaban casi siempre el hablar, de manera que sus amos no pudieron obtener de ellos sino

nociones muy vagas,— que su país era inmenso y su única ocupación la guerra. La repugnancia de estos hombres por el trabajo regular era invencible y grande su indiferencia por las fiestas de los quichuas. Fué pues con dificultad que aprendieron su lengua y no se consiguió que olvidaran la suya propia, como se había hecho con los Indios de Quito y de Tunguragua.

“Huaina no sabía, añade el autor, que sus prisioneros eran Indios de cráneo *chato*, tan antipáticos á toda civilización como los indios de cráneo *abovedado* eran pre-dispuestos á ella.”

“Estas dos razas, prosigue, se hallaban en toda la América en presencia una de la otra. A lo largo de los Andes eran los quichuas de cráneo *abovedado*, y los *Aucas* de cráneo *chato*: en los países de los grandes ríos del Sud-Este sobre las riberas del Paraná y del Uruguay eran los Guaraníes y los Guaicurues; en el Brasil los Guapindanas y los Jacahunas, al Norte entre el Amazonas y el Orinoco los Huarannos y los Caraibes.”

“En todas partes los cráneos *abovedados* se mostraban mas adelantados en las artes primitivas. Habitaban casi siempre los mismos parajes y cultivaban algunas plantas alimenticias. Todos construían chozas ó cuevas, dormían en camas ó hamacas y dependían de un gobierno despótico y teocrático. Los cráneos *chatos* eran en todas partes salvajes; llevaban una vida errante y se alimentaban de la caza ó de la pesca: algunas pieles de animales estendidas sobre ramas constituían todo su abrigo, y sus mujeres lo transportaban fácilmente en sus constantes emigraciones. Su vida era dura y llena de privaciones, que parecerían insoportables al hombre civilizado, pero vivían libres, y la autoridad del cacique ó jefe que se daban, duraba tanto como la expedición para la cual había sido elegido.”

Arcos explica mediante esta teoría frenológica que inclinaba la raza de cráneo *abovedado* á la veneración y la raza de cráneo *chato* á la independencia salvaje, la facilidad con que los *Viracochas*, (voz quichua que significa *espuma de*

mar, y que fué el nombre que los habitantes del Tarantisuyon dieron á los primeros Españoles que arribaron á las riberas del rio Biru), dominaron las tribus mas numerosas y compactas de esta parte de América, al paso que las otras, como los Auracanos, los Querandies, los Timbues, los Macones, los Abipones, los Folas y los Charrecas, les resistieron constantemente, poniendo mas de una vez á prueba su indomable valor.

Tal pensaba yo hace próximamente dos años cuando al través del Océano sosteníamos con el autor una polémica epistolar, á propósito de ciertas apreciaciones mias sobre la raza latina. Arcos no participaba entonces de mi modo de ver. Una reaccion, pues, se ha obrado en sus ideas, y á mi entender, su juicio ha ganado con ella, como ganará siempre el de todo aquel que, saliendo de su error, reconozca la accion de la Providencia en una multitud de fenómenos sociales cuyos efectos preferimos atribuir á la casualidad, en lugar de atribuirlos á las altas previsiones de la naturaleza, oscura, impenetrable, misteriosa muchas veces, pero siempre lógica, inflexiblemente lógica, al través del espacio y de las edades.

Ocupábase Huaina despues de su escursion por las cordilleras australes y el pais de los Aucas, en someter á las tribus de Cochabamba, cuando recibió un mensaje alarmante de Atahualpa anunciándole que unos hombres extraordinarios habian arribado al rio *Birú*,—que los Españoles llamaron *Perú*, quedando luego como denominacion de todo el Tarantisuyon,—y desde este momento comienza la historia de la conquista del Perú, cuyas riquezas despertando el espíritu aventurero en Europa atrajeron á los Españoles y á los Portugueses al mundo de Colon.

Aquí consagra el autor un estenso capítulo al antagonismo entre los Españoles y los Portugueses que parece cesar con el tratado de Tordecillas, celebrado en aquellos buenos viejos tiempos en que los Papas repartian el mundo á su antojo, trazando en su ignorancia líneas imaginarias de un polo á otro, y despues de hacer una reseña de las espe-

diciones de Pinzon, Solís, Gabotto y Lara, lleva al lector hasta el 24 grado de latitud sur donde la mas grandiosa de las cataratas del mundo, *el Salto de Guairá*, derramando por un estrecho canal de sesenta metros de ancho un volumen de agua casi tan grande como el de todos los rios de Europa juntos, produce en seis leguas á la redonda un ruido espantoso que se asemeja al de un sacudimiento titánico de la tierra.

Síguese una descripcion de los grandes rios Paraná y Paraguay, cuyas tribus no tienen historia hasta entonces, terminando este capítulo con los primeros ensayos de colonizacion y la novelesca y conocida historia de la desgraciada Lucia Miranda.

Vienen despues los *Adelantados*—don Pedro Mendoza, fundador de Santa Maria de Buenos Aires; la fundacion de la Asuncion y de la Candelaria; la muerte de Mendoza; las divisiones que se siguieron entre los colonos, y el antagonismo entre Irala y Ayolas, el primero de los cuales vencedor al fin, consigue hacerse confirmar Adelantado por la corona de Castilla.

En pos de estos y no solo exitados por el oro, sino por el inagotable elemento de riqueza que ofrecian la sumision de todos los Indios del Tarantisuyon y las demas razas de cráneo abovedado, vienen Gonzalo Mendoza, Vergara, Zárate, Torres de Vera, Saavedra, el obispo Torres, Garay y la fundacion de Santiago del Estero, de Tucuman, de Santa Fé, de Córdoba, etc. etc., quedando asi jaloneado, el largo trayecto que mediaba entre el Rio de la Plata y la antigua capital del Imperio de Atahualpa; y no sin plan preconcebido como se dice en la página 121, sino antes por el contrario, buscando un camino mas corto entre el Perú y la Metrópoli, que es lo que se deduce de las mismas relexiones del autor en las páginas 127 y 133.

Síguese algunas consideraciones sobre el estado moral del pais, sobre las continuas cuestiones de límites entre los Españoles y los Portugueses y sobre el sistema comercial,—el cual, no permitiendo la importacion de las ma-

manufacturas europeas, obligó á los colonos á servirse de una porcion de utensilios indígenas, teniendo que abandonar sus hábitos de hombres civilizados, que sustituir la silla de montar por el *apero*, el pantalon por el *chiripá*, y el sayo por el *poncho*,—barbarizándose así gradualmente.

Una parte de las reflexiones que hace el autor á este respecto me parece exacta. Los colonos, en efecto, tuvieron que abandonar muchos de sus usos y costumbres, á causa de la carestía de las manufacturas metropolitanas, al paso que algunos de esos usos y costumbres eran sustituidos ó modificados pura y esclusivamente por la novedad de unas industrias y ocupaciones á las que no estaban acostumbrados. Así por ejemplo, yo encuentro mas ingeniosa que exacta la esplicacion que se dá de la sustitucion del sayo por el poncho. No pudiendo recibir telas baratas de España, los colonos tuvieron que tejer las que habian de servir para sus vestidos,—luego no fué por economia que trocaron el sayo por el *poncho*, puesto que en el último entra mas tela que en el primero, sino porque á la vez que este preservaba mejor de todas las intemperies, podia hacer los oficios de cobija cuando con las diversas piezas del *apero* se improvisaba una cama campestre. Ademas de esto, si el poncho no era un traje nacional en España, lo era la manta andaluza cuya forma es la de un trapecio, no diferenciándose de aquel sino en que no tiene el agujero del medio, tiene dos de sus puntas cosidas y se la lleva embozándose en ella. Se concibe, pues, que los colonos no tuvieran mucho que pensar para convertir la manta de los *majos* pedestres en una manta apróposito para cabalgar desenvueltamente con ella.

LUCIO V. MANSILLA.

(Concluirá.)

j